

FILMS DE AMOR

LA CANCION DEL COSACO

**Hans Adalbert
Schlettow**

50 cent^s

1448



ASAGAROFF, Georg

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16
B A R C E L O N A

* Das Donkosa Kon Lied, 1929
La Canción del Cosaco

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el eminente actor cinematografico

H. A. SCHLETOW

Adaptación por M. NIETO GALÁN

.....
**CINEMATOGRAFICA
VERDAGUER**

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

.....
REPARTO

| | |
|-----------------------------|----------------|
| Victor Duloff | H. A. SCHLETOW |
| Condesita Natalia | Lien Deyers |

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

* Screen Story Germany 179, 269
2 327

DULOFF

El elegante music-hall "Volga" se hallaba aquella noche atestado de público, de un público elegante y escogido, que había acudido, tal vez por primera y única vez, a oír la célebre "Canción del cosaco", interpretada por el famoso coro del Don. Una hilera enorme de autos y coches apostados a la puerta del teatro daba la sensación de que algo extraordinario se representaba en su interior, donde el público esperaba con verdadera impaciencia la presencia de los eminentes cantores que habían recorrido el mundo entero entre aclamaciones y aplausos de los públicos más inteligentes en cuestión de música. Los coros del Don constituían un espectáculo único en su género y cuantos los componían, rusos de nacimiento, habían querido que su labor fuese sancionada por todos los públicos extraños antes de presentarse entre sus compatriotas. La aureola de que se hallaban rodeados, la reclame que por donde habían pasado habían hecho, los éxitos con-

quistados y los comentarios que sobre ellos se hacían habían realizado el milagro de reunir en aquella noche a toda la aristocracia rusa.

Padía decirse que en la sala de espectáculos no quedaba una sola localidad libre cuando hizo su aparición el director del Coro. A su presencia, una salva de apaludos atronó todo el teatro y entre aclamaciones el Coro entonó la famosa "Canción del cosaco". Ni la más leve tosecilla de las damitas, ni el menor ruido alteró la interpretación de la hermosa canción, que era una bella historia de amor, con sus alegrías, sus penas, sus sacrificios... Los corazones parecían haber dejado de latir para escuchar con todo recogimiento las estrofas de la canción y, al terminar, fué unánime la ovación que se le tributó.

Uno de los palcos hallábase ocupado por el joven príncipe Víctor Duloft y la bella condesita Natalia, huérfana desde hacía tiempo, y que vivía bajo la tutela del coronel San-crow. Muchos habían sido los pretendientes de la condesita, pues su fortuna podía considerarse como una de las mayores de Rusia, y su bondad y hermosura eran la envidia constante de las mujeres y la admiración de los hombres. Mas ella, hasta entonces, había permanecido insensible a los continuos galanteos de sus pretendientes, sin que jamás hubiese demostrado predilección por ninguno.

Un día, en una de las reuniones aristocrá-

ticas, conoció al príncipe Víctor Duloft, y la bondad de su carácter, su gallardía, su rancia nobleza y, sobre todo, la simpatía que irradiaba de su persona, la hizo sentirse vivamente interesada por él y pronto se corrió la voz de que los dos jóvenes sostenían relaciones amorosas.

Como no podía menos de suceder, estas relaciones llegaron a oídos del coronel San-crow, el cual llamó un día a la joven para decirle:

—Me he enterado, con verdadera sorpresa, de que eres la novia del príncipe Duloft.

—No comprendo que eso os pueda causar sorpresa—respondió ingenuamente la joven.

—Sin embargo—contestó su tutor—, esos amores son imposibles. Yo no puedo consentirlos de ninguna manera.

—¡Imposible!—exclamó ella—. ¿Por qué? ¿No pertenece el príncipe Duloft a una de las más nobles familias de Rusia?... ¿No soy yo también noble?... ¿Qué puede impedir que nos amemos?

—Pero... ¿le amas?—preguntó el coronel.

—¡Con toda mi alma! — le respondió la condesita Natalia—. Es y será el único hombre a quien ame en mi vida.

—¡Bah! Esas son chiquillerías y nada más. Es preciso que lo sepas todo: el príncipe Duloft está completamente arruinado. Su padre debe grandes cantidades y el día menos

pensado habrá una hecatombe en el palacio de los príncipes.

—¿Y eso es lo único que os apura?—preguntó sonriendo la joven—. No temáis, padrino. Yo tengo capital de sobra para volver a levantar la casa de los príncipes y ser feliz con el amor de Víctor.

—Pues así y todo — volvió a decir enérgicamente el coronel—, no quiero que vuelvas a pensar en esa boda, que es de todo punto imposible.

Pasaron los días y, a pesar de los consejos y amonestaciones de su padrino y tutor, Natalia siguió viendo al príncipe y sus relaciones fueron estrechándose. Sentían los dos el amor en toda su plenitud y solamente cuando se hallaban el uno al lado del otro comprendían la felicidad de vivir. Al principio de sus relaciones, los comentarios sobre la oposición del tutor de Natalia nublaron algo le dicha de aquel amor; mas, al fin, dando todos por hecha la boda entre los dos jóvenes, cesaron las murmuraciones y pudieron Víctor y Natalia vivir enteramente felices.

Había acabado el Coro cuando el príncipe, volviéndose hacia su prometida, le dijo:

—¿No te recuerda nada esta canción, Natalia?

—Sí—respondió ella—. Es una canción de amor que se parece mucho a la nuestra... pero sin el final ese tan desgraciado...

Bastaba mirar a los dos jóvenes para darse cuenta inmediatamente del inmenso amor que los unía, y entre los que se hallaban el público, dos oficiales del mismo regimiento de Víctor, hablaban de ellos y decía uno:

—¿Te has dado cuenta de la pareja tan ideal que forman Víctor y la condesita?

—Bien ganada la tiene nuestro amigo —respondió el otro—. La oposición del tutor ha sido enorme.

—Pero mayor aún ha sido la terquedad de ella y tengo entendido que mañana noche se celebra en el palacio del príncipe la fiesta de prometidos.

—En la que el padre de Víctor hará ostentación de un lujo que no puede sostener —comentó el otro.

—¡Bah!—insinuó su compañero—. Los millones de Natalia pagarán todas las deudas. Se dice que es inmensamente rica... Víctor ha sabido elegir bien.

—No lo creas—contestó el otro oficial—. Víctor es incapaz de casarse por el interés. Ama a la condesita y aun cuando ella estuviera en la ruina no dudaría en casarse. La nobleza de Víctor no le permite descender a esas miserias.

Había terminado el espectáculo y entre los aplausos del público el telón hubo de levantarse varias veces, hasta que, al fin, el desfile de coches y automóviles se inició en la

puerta, quedando una hora después desalojado por completo el local.

Como habían dicho los dos oficiales del regimiento de Víctor, al día siguiente celebrábase los esponsales del príncipe y de Natalia. Los salones del palacio de los príncipes Duloff presentaban un aspecto imponente de riqueza y buen gusto. Habían sido invitados a la fiesta cuantos figuraban entre la nobleza rusa y la alegría y el buen humor reinaban por todas partes. La orquesta inició los primeros compases de un "Lanceros" y las parejas se apresuraron a seguir el ritmo de la música. Los propios prometidos iniciaron el baile y en la sonrisa de sus rostros se adivinaba cuánta era la felicidad que sentían en aquel instante. La promesa de su boda se había hecho oficial y ya se creían el uno ser del otro para toda la vida.

La oficialidad del regimiento donde servía Víctor como teniente había sido invitada por expreso deseo de éste y entre ella estaba el comandante Wromkriff, uno de los más tenaces pretendientes de Natalia, y para quien el próximo casamiento de la condesita había hecho revivir en él aun más fuerte el deseo de conseguir su amor. Bajo una máscara de fingida hipocresía había conseguido ocultar el sentimiento que experimentaba por Natalia y nadie, excepto la joven, se había dado cuenta de las aspiraciones del comandante.

Seguía el baile alegremente cuando se acercó el coronel al padre de Víctor y le dijo:

—¿Parece que vuestro hijo es muy feliz con mi ahijada?

—Así lo creo—respondió el príncipe—. Mi único deseo es que siempre pueda serlo.

—También lo deseo yo—contestó el coronel—, pero, sin embargo, tengo el presentimiento de que algo grave les ha de ocurrir.

El príncipe comprendió que se refería a la proximidad de su ruina y bajó la cabeza sin atreverse a sostener la mirada del coronel.

Disimuladamente salió a una habitación inmediata y le dijo a su secretario particular:

—Es preciso que veas a Sarkiw esta noche y que le digas que aplace el vencimiento de las letras por unos días más. Trata de convencerle.

—Haré lo que dice Su Alteza—respondió el secretario—. Pero me parece que no adelantaremos nada. Sarkiw, que siempre se ha mostrado condescendiente con nosotros, en esta ocasión es un hombre completamente distinto.

—No obstante, es preciso que esas letras no aparezcan mañana — exclamó el príncipe—. Ello constituiría mi deshonor y la desgracia de mi hijo. Esperaré toda la noche la contestación.

El secretario hizo una reverencia ante el príncipe y salió del palacio para cumplimen-

tar su deseo, mientras que el padre de Víctor salía nuevamente hacia el salón con el fin de que no fuera notada su ausencia.

Había terminado el baile y los criados se apresuraban a servir a los invitados el champaña, dirigidos por el simpático Sacha, el ordenanza de Víctor, que se multiplicaba corriendo de uno a otro lado para que nada faltase. El fué quien se dirigió hacia los futuros esposos, llevando varias copas de champaña en una bandeja, y al ofrecerla al príncipe, éste tomó una copa y se la dió a Natalia, luego volvió a coger de la bandeja dos más y le dijo a su ordenanza:

—Sacha, hoy soy muy feliz y debes compartir conmigo esta alegría... Bebe tú también.

El criado miró hacia los invitados y Víctor comprendió lo que quería decir. Entró con su prometida en una habitación contigua y le dijo allí al ordenanza:

Yá estamos solos los tres. Ahora puedes beber tranquilamente.

—Gracias, Alteza—respondió respetuosamente el ordenanza.

Tomó la copa que le ofrecía el príncipe y la bebió de un trago, temiendo que pudiera ser visto por los demás. Natalia refa del azoramiento del ordenanza y le preguntó ingenuamente:

—¿Por qué teme?

—Por los demás, excelencia—respondió el ordenanza—. La bondad de mi señor haciéndome beber en su compañía podría ser mal interpretada... No todos poseen un corazón como el suyo.

Víctor se echó a reír y, palmoteando cariñosamente sobre el hombro de su ordenanza, le despidió, diciéndole:

—Déjate de alabanzas y ves a servir a los demás... La condesa y yo seremos siempre buenos amigos tuyos, pero déjanos ahora.

El ordenanza, sin perder esa rigidez militar tan frecuente en los rusos, salió de donde estaban los prometidos, a la vez que llegaba Duloff y le preguntaba a la condesa:

—¿Cómo no estás en la fiesta, hija mía?... Tiempo tendréis de permanecer solos...

—Es que sentía mucho calor y quería salir a la terraza un momento. Víctor me traerá mi chal.

Inmediatamente se apresuró el príncipe a cumplir el deseo de su prometida, quien se dirigió, como había dicho, hacia la terraza del palacio.

El comandante Wromkriff, que durante toda la noche no apartaba la vista de Natalia, siguiendo todos sus movimientos, apenas la vió salir a la terraza se acercó a ella y le dijo:

—He esperado este momento para felicitarla a solas, Natalia,

—Le agradezco su interés, comandante—respondió la joven—, pero no veo la necesidad de estar solos para felicitarme.

—Yo sí—respondió él—, porque estoy seguro de que su boda con Víctor no llegará a realizarse.

—Pues deseche esa seguridad, comandante—exclamó molestada ella—. Víctor y yo nos amamos y nadie será capaz de separarnos... y menos usted.

El comandante se acercó aún más a ella y volvió a decirle:

—Hace usted mal, Natalia. Permítame que le aconseje que hace usted mal en unirse al príncipe, habiendo tantos hombres que suspiran por usted con más derecho que él.

—¿Es usted acaso uno de ellos?—preguntó burlonamente la condesita.

—Bien sabe que sí—le respondió su pretendiente—. Mi única ilusión es conseguir su amor y he de lograrlo... Sea como sea, usted será mía.

—¡Basta!—exclamó indignada ella—. Le prohibo que en lo sucesivo intente hablarme de este asunto. Entre usted y yo no puede haber ni siquiera una buena amistad.

—¿Me desafía usted? —interrogó el comandante—. Pues admito el reto y veremos cuál de los dos sale victorioso en esta batalla.

Iba a contestarle la condesita, cuando apa-

reció en la terraza su novio, llevando el chal que había pedido. El comandante, al ver al príncipe, se acercó a él y le dijo, sonriendo:

—Estaba felicitando a Natalia por vuestro próximo enlace y diciéndole que hacen una pareja ideal.

—Gracias, comandante—respondió Víctor, sin poder sospechar la perfidia de aquel hombre—. Verdaderamente, en estos momentos soy completamente feliz.

Y la alegría con que se había comenzado la fiesta duró toda la noche, hasta que poco a poco los salones del palacio de los príncipes Duloft fueron quedando vacíos de invitados.

YA ESTÁ A LA VENTA

La segunda edición de
EL DESFILE DEL AMOR

(El mayor éxito del año)

Precio 1 pta.

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

LA MUERTE DEL PRINCIPE

El príncipe Víctor Duloft era completamente feliz. La proximidad de su boda con Natalia le hacía vislumbrar un horizonte optimista y la alegría que rebosaba en su corazón no podía menos que manifestarla en todos sus actos. Cuando aquella noche se encerró en su cuarto, una vez que hubo terminado el baile, llamó a su ordenanza para que lo desnudara y le dijo:

—Sacha, soy muy feliz.

—No hay más que ver a la señora condesa para comprenderlo — respondió el ordenanza.

—¿Y tú no te alegras?—le preguntó el príncipe.

—Ya sabe Su Alteza el respetuoso cariño que siempre le he tenido—contestó Sacha.

—Es verdad, amigo — le dijo Víctor —. Eres una de las personas de quien me puedo fiar plenamente.

El ordenanza, orgulloso del cariño que le mostraba su amo, salió del aposento del príncipe, dejando a éste distraído tocando la guitarra, su instrumento favorito. Era tanta la dicha que experimentaba Víctor, que, a pesar

de lo avanzado de la hora, entonó un dulce canción y las notas, suaves y melodiosas, salían de su boca como engendradas por un amor donde únicamente reinaba el amor.

Entre tanto, en otra parte del palacio, el príncipe Duloft esperaba impaciente la llegada de su secretario con la contestación de Sarkiw, de la que pendía la salvación de su nombre.

Mientras llegaba, fué repasando las cuentas, y a medida que avanzaba la hora, mayor era su intranquilidad. Por fin, apareció el secretario y el príncipe le preguntó:

—¿Has hablado con ese hombre?

—Sí, Alteza—respondió.

—¿Consiente?... ¿Has llegado a conven-
cerle?

—De ninguna forma. He recurrido a todos los argumentos y, finalmente, me ha dado esta carta.

—Está bien. Puedes retirarte.

El secretario se inclinó reverenciosamente y salió del palacio, donde en aquellos instantes la ruina amenazaba con echar por tierra toda la felicidad que parecía albergar. Cuando quedó solo, abrió el príncipe la carta y leyó su contenido, que decía:

“Siento no poder demorar el pago de las letras y me permito advertirle que si no son

satisfechas mañana, sin falta, las entregaré a los Tribunales para que procedan en ley contra sus bienes.

SARKIW”

—¡Esto es la ruina!—exclamó el príncipe en alta voz—. ¡Mañana tendré que aparecer ante los Tribunales como un delincuente!... ¡Es horroroso, horroroso!

Y en su acalorada mente iban tomando cuerpo los acontecimientos que se aproximaban. Se vió deshonrado, despreciado por todos, sin que nadie intentara salvarlo, y ante aquel tétrico porvenir, no llegó a comprender más que un remedio: el suicidio. Abrió el cajón de su mesa, sacó una pistola y, segundos después, una deonación alarmó a todos los habitantes del palacio. Cuando llegaron a las habitaciones del príncipe, éste acababa de morir, sin poder pronunciar una sola palabra.

—¡Padre, padre! — gritaba Víctor, abrazando el cuerpo inanimado del príncipe—. ¿Por qué has hecho esto?

Sobre la mesa vió la carta del prestamista y aquello le hizo comprender toda la intensidad de su tragedia. Estaba completamente arruinado. Solamente le quedaría para vivir lo que ganase en su carrera militar, y esto, desgraciadamente, era bien poco para quien, como él, estaba acostumbrado a todos los lu-

jos que ofrece una situación como la que Víctor había ostentado hasta entonces.

A la mañana siguiente, la noticia del suicidio del príncipe Duloff se había extendido por todas partes y se hacían acerca de su muerte los más inverosímiles comentarios. En el palacio de la condesita Natalia también había repercutido aquel suicidio y el coronel aprovechó aquel momento para decirle a su ahijada:

—Comprenderás, Natalia, que es imposible en esta situación tu boda con el príncipe.

—¿Queréis que le abandone ahora que se encuentra solo?... ¡Eso sería criminal!

—Es únicamente humano—exclamó el coronel—. No olvides que estás bajo mi tutela y que me debes obediencia. Hasta ahora he consentido todos tus gustos porque en nada atacaban a tu dignidad, pero ya es imposible que esa boda siga adelante. Escríbele ahora mismo diciéndole que deshaces el compromiso de vuestro próximo matrimonio.

—¡Nunca haré tal cosa!—protestó enérgicamente Natalia—. ¡Podéis hacer de mí lo que queráis, pero jamás consentiré pasar ante los ojos de Víctor como una mujer sin corazón!

Mientras discutían el tutor y su ahijada, Víctor, buscando un consuelo en el amor de Natalia, había corrido a su palacio para ser él en persona quien le notificase la muerte



—Dile a su Alteza que la señorita no puede recibirle.

de su padre. Salió un criado a recibirlo y le dijo el príncipe:

—Dile a la señorita que estoy aquí y que deseo verla inmediatamente.

Cumplió el sirviente la orden recibida y el coronel, sin dar tiempo a que Natalia contestase, le dijo:

—Dile a Su Alteza que la señorita no puede recibirle.

Aquella contestación, que tan lejos estaba de esperar, excitó Víctor, que, sin pensar en

las reglas de cortesía, ni en nada, se dirigió en persona hacia las habitaciones de su prometida. Al llegar a la puerta salió el coronel y Víctor, cuadrándose militarmente, le dijo:

—Desearía ver a Natalia.

—¡Es imposible!—le contestó el coronel—. Ya le ha dicho el criado que no podía recibirle.

—Sin embargo, tengo precisión de verla inmediatamente—volvió a insistir Víctor.

—¡Y yo le digo, teniente Duloft—exclamó el coronel—, que no puede usted verla! Vuelva otro día. Hoy está usted demasiado excitado.

Sobre el dolor causado por la muerte de su padre, Víctor tuvo que sentir el de verse despreciado por Natalia, por aquella mujer en la que había creído con fanatismo de enamorado. Se sintió solo, completamente abandonado de todos, y durante varios días no quiso salir a la calle. Los acreedores iban poco a poco llevándose cuanto existía de valor en el palacio y solamente tuvieron consideración en respetar lo que pertenecía a Víctor.

Para el comandante Wromkriff, no podían sucederse los acontecimientos más favorablemente y se aprovechó de las circunstancias para inutilizar por completo a su rival.

Recorrió las tertulias de sus compañeros de regimiento y en todos ellos fué inculcan-

do la idea de que Víctor debía abandonar la carrera militar.

—Es doloroso — decía el comandante—. Todos queremos a Víctor como un buen compañero, pero el honor del regimiento debe ser para nosotros antes que nada.

—Pero él no tiene culpa de nada—exclamó un oficial—. No debemos hacer caer sobre él el peso de una responsabilidad que no ha contraído. Víctor siempre ha sido un caballero.

—Y yo digo lo mismo—respondió el comandante—. ¿Pero quién de ustedes sería capaz de estrechar la mano de un hombre cuyos bienes han sido confiscados por deudas?

—Lleva razón el comandante — exclamó otro oficial—. Es sensible, pero la situación de Víctor en el regimiento es insostenible y él mismo debe comprenderlo.

Aquella tarde, cuando Víctor llegó al casino donde estaban sus compañeros, notó la frialdad con que fué recibida su presencia. Poco a poco y con mal disimulada cortesía fueron dejándole solo, hasta que se le acercó el comandante y le dijo:

—Amigo mío, yo siento muy de veras lo que voy a decirle, pero usted comprenderá que precisamente por la amistad que nos une soy el más obligado a ello.

Víctor adivinó en las palabras del coman-

dante lo que iba a decirle y le atajó diciéndole:

—No es necesario que se esfuerce, comandante; lo comprendo. Su consejo es el de que abandone el regimiento, ¿verdad?

—Lo ha adivinado—respondió el comandante.

—Pues siento no poder satisfacerle—exclamó Víctor levantándose violentamente—. No he cometido ninguna falta y el separarme voluntariamente sería tanto como acusarme a mí mismo... ¡Puede usted y todos mis compañeros formar de mí el juicio que les plazca, pero siempre teniendo en cuenta que yo, de antemano, desprecio el concepto que pueda merecerles!

Y, sin aceptar la mano que le ofrecía el comandante, salió del casino, donde nuevamente había podido observar el abandono tan completo en que se hallaba.

LA HUIDA

Pero entre todas las pruebas de egoísmo que había podido ver en sus amistades y parientes, ninguna hacía tanto daño en el corazón de Víctor como el abandono de Natalia. Jamás hubiera llegado a creer que ella



—Disparó sobre él hiriéndole mortalmente.

pudiera creerlo culpable y despreciarlo hasta el punto de negarse a recibirlo. Y, sin embargo, la verdad era bien diferente de lo que las apariencias demostraban.

Para Natalia, la desgracia de Víctor había sido un motivo más para que su amor adquiriese más fuerza y sólo esperaba el momento de poderse demostrar.

En vista de la resistencia de la joven, el coronel había decidido enviarla a Moscu con el fin de que allí olvidase sus desgraciados amores.

Ella, antes de que la obligaran a abandonar el palacio, escribió una carta a Víctor y se la entregó a su doncella, diciéndole:

—Toma esta carta y haz que llegue a poder del príncipe Duloff, sin que nadie se entere.

—Desciude, excelencia—respondió la doncella—. Yo misma la llevaré ahora y la dejaré en poder de Su Alteza.

Natalia la vió bajar las escaleras del palacio y quedó más tranquila al pensar que pronto tendría Víctor una prueba de su cariño y de que no lo había olvidado, en medio de su desgracia.

En efecto, media hora después Sacha entregaba la carta a su dueño, diciéndole:

—Alteza, la doncella de la señora condesa ha traído esta carta para usted.

Víctor corrió inmediatamente para apoderarse de la carta y leyó su contenido, que decía:

“Víctor: Mi tutor me obliga a marchar a Moscou para que te olvide. No me abandones y sálvame. Soy tuya mientras viva.

NATALIA”

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el príncipe abrazando a su ordenanza—. ¡Ya no soy tan desgraciado como creía!

Sacha sonrió satisfecho de la alegría de su amo y éste, colocándole una mano sobre el hombro en señal de amistad, le dijo:

—Sacha, con franqueza, ¿puedo fiarme de ti?

—En la vida y en la muerte, Alteza—contestó el ordenanza.

Lo tomó por una mano y lo llevó junto a una mesita, y, después de llenar un vaso de vino, le dijo el príncipe:

—Siéntate.

El ordenanza continuó en pie y nuevamente le dijo el príncipe:

—Siéntate y no veas en má más que un amigo.

—¡Gracias, Alteza!—respondió el criado, aceptando el sitio que le ofrecía su amo.

Este le ofreció el vaso de vino, que Sachaapuró de un trago, se sirvió él otro y, después de haber bebido, le dijo:

—No me queda en el mundo más amigo que tú, ni más cariño que el de Natalia... ¿Estás dispuesto a ayudarme en todo?

—Su Alteza no tiene más que mandar y yo obedecer—exclamó el criado.

—Pues es preciso que esta noche salgamos de la capital. Procura tener preparado un coche con un buen tiro de caballos para dentro de dos horas.

—¿Y la señorita Natalia?—preguntó el ordenanza.

—De ella se trata—respondió el príncipe—. Hay que salvarla del poder del coro-

nel. Iremos por ella y huiremos los tres de Rusia. ¿Estarán los caballos y el coche?

—Estarán, Alteza—respondió el criado.

Antes del tiempo señalado por el príncipe, Sacha tenía preparado el coche y momentos después éste se paraba delante de los balcones del palacio de la condesita Natalia. Con pasmosa agilidad, trepó hacia las habitaciones de la joven, que, al ver a su novio, corrió a sus brazos, exclamando:

—¡Víctor, creí que no te volvería a ver más! ¡Me habrás juzgado como una mujer sin corazón!

—No sé, Natalia—respondió él—. En estos días han sido tantos y tan fuertes los acontecimientos que han desfilado por mi vida, que difícilmente sabría decirte nada de ellos. Lo único importante aquí es que no tenemos tiempo que perder. Emos de huir inmediatamente.

—¿Huir?—exclama la condesita—. Eso es imposible, Víctor.

—¿Quieres acaso que te separen de mí para siempre?... ¿Que tal vez te obliguen a casarte con otro hombre?... ¿No me amas lo suficiente para tener confianza en mí, Natalia?—le suplicó el príncipe.

—Sí, Víctor, haré cuanto quieras, todo lo que digas.

Corrió a su tocador para recoger algunas prendas, pero lo hizo con tan mala fortuna,

que arrojó al suelo un florero, produciendo un fuerte ruido, que alarmó a su tutor. Antes de que éste pudiera llegar a las habitaciones de su ahijada, Natalia y Víctor habían saltado al coche que los esperaba y el príncipe le ordenó al ordenanza:

—Sacha, a todo galope, hasta que encontremos una aldea donde puedan casarnos.

Resonó en el aire un estallido del látigo y los caballos fustigados por Sacha emprendieron una veloz carrera por la ciudad hasta ganar las afueras. No detuvo por eso la marcha Sacha, sino que siguió golpeando a los nobles brutos y dos horas después llegaron a la puerta de la iglesia de una aldea. Llamó repetidamente y, por fin, salieron a abrirles.

—Padre — le dijo Víctor al sacerdote—. Vengo a que me una usted en matrimonio con esta mujer.

—No puede ser—respondió el sacerdote—. Es necesario que yo sepa antes quiénes sois. Volved mañana.

Ya se retiraba Víctor, cuando Sacha se acercó al cura y le dijo a media voz:

—Os advierto que es el príncipe Duloff y podéis pagar cara vuestra negativa.

Las palabras del criado decidieron por fin al sacerdote, que llamó a Víctor, diciéndole cariñosamente:

—Señor, yo no sabía nada. Si queréis os puedo casar en este mismo instante.

Una alegría inmensa se dibujó en el rostro de Natalia, al pensar que dentro de algunos minutos su vida estaría unida para siempre con la del hombre amado. Y, poco después, en el silencio de la noche, resonó la voz cavernosa del sacerdote uniéndolo en nombre de Dios a aquellos dos seres que tanto se amaban.

Entre tanto, el coronel había salido en persecución de los fugitivos. El ruido producido por el jarrón al caer al suelo y la ausencia de Natalia le dieron la certidumbre de que ésta se había fugado con el príncipe Duloft y a la mañana siguiente, con varios oficiales y soldados, se dirigió hacia la aldea donde por última vez había sido visto el coche. Al llegar a ella, Socha corrió a advertir a su amo la presencia del coronel y Natalia, abrazándose a su marido, le suplicó:

—No salgas, Víctor... Déjame que lo reciba yo antes.

—Es inútil, querida—respondió el príncipe—. Debo ser yo el que haga frente a las circunstancias.

Salió afuera de la casa y, cuadrándose militarmente ante el coronel, esperó a que éste le hablara. Toda la ira, todo el odio que encerraba el alma del tutor de Natalia se concentraron en la mirada que éste dirigió al príncipe, hasta que, finalmente, mordiéndose las frases, le dijo:



— Si supieras las cosas que se hacen cuando se está enamorado

—Es usted un hijo digno de un hombre tan despreciable como su padre.

Levantó el látigo para golpear el rostro de Víctor, pero antes que pudiera cumplir su deseo, Víctor, ciego por la ofensa recibida, disparó sobre él, hiriéndole mortalmente. Natalia, que desde la ventana había presenciado toda la escena, corrió hacia donde estaba su marido y se abrazó a él, llorando desconsoladamente.

Víctor, sin alterarse, con una tranquilidad

pasmosa, se acercó a los demás oficiales y, entregándoles el sable, les dijo:

—Señores, cumplan con su obligación. Y, volviéndose hacia Sacha, le recomendó con la vista a Natalia, diciéndole—: Sacha, vela por ella. No tiene en el mundo más amigos que tú. Protégela, hasta que yo vuelva.

Y, conducido por sus antiguos compañeros, emprendió el príncipe Duloft el camino hacia la capital, donde debía ser juzgado militarmente, como culpable de la muerte de un superior.

¿QUEREIS SABER VUESTRO PORVENIR

No deje de leer:

**PASADO, PRESENTE Y PORVENIR
POR LAS RAYAS DE LA MANO
LO QUE DICEN LAS PANTORRILLAS
¿TENEIS EL CABELLO CASTAÑO
¿ES USTED RUBIA? ¿ES USTED RUBIO?**

Precio del libro: **25 céntimos**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

LA SENTENCIA

Dentro de la rígida disciplina rusa, aun tuvo suerte Víctor Duloft, por cuanto su falta fué castigada únicamente con la degradación y el presidio. El mismo comandante Wronkriff fué el encargado de leerle la sentencia y en medio de todos sus compañeros los demás oficiales del regimiento le fueron arrancadas sus charreteras de teniente.

Al día siguiente, el príncipe Víctor Duloft, en unión de otros cuantos desgraciados que componían la cadena de presos, fué trasladado al presidio y desde aquel momento quedó borrado su nombre del mundo. La sentencia había sido bien dura y lo condenaba a no ver más en la vida la luz del sol. Sin embargo, en el interior de Víctor no se apagaba la llama de la esperanza de poder salir algún día de la prisión y poder disfrutar de la felicidad que le esperaba en los brazos de su joven esposa.

Entre los condenados había un pobre hombre, fuerte como un roble, con quien Víctor no tardó en hacer amistad. Por sus palabras y sus actos adivinó que no era un vulgar

asesino y que tal vez una causa parecida a la suya, lo había precipitado al estado en que se hallaba. Una noche, mientras los demás presos se entretenían, jugando los unos y cantando otros, le preguntó a su compañero:

—¿Cómo te llamas, compañero?

—Yo Basilio—respondió éste—. ¿Y por qué estás en presidio?

—Por una mujer—contestó Basilio—. Amaba con locura a mi novia, un hombre quiso interponerse entre los dos y lo maté. ¡Si tú supieras las cosas que se hacen cuando se está enamorado!

—¿Y ahora te pesa?—le preguntó.

—Mucho—exclamó el otro—. Figúrate que después de verme en este estado por ella, me he enterado de que la maldita se ha casado con otro... ¡Bah, todas las mujeres son iguales! ¡No hay una que merezca que se pierda un hombre por ella!

Víctor calló un instante con el deseo de cambiar la conversación. Sin que el presidiario lo supiera había tocado en lo más vivo de su dolor y el pensamiento de que también a él pudiera sucederle lo mismo que a su compañero de condena, le helaba la sangre y le hacía ver con mayor claridad todavía la desgracia que le rodeaba.

Pero Víctor podía estar tranquilo. Natalia era completamente suya, suyos sus pensamientos, su amor, su vida entera, todo lo

había consagrado la joven al culto de aquel amor tan fuerte y perecedero como su propia vida. Toda su inmensa fortuna la habría entregado Natalia por tener a su lado a su esposo, aunque sólo fuera un día. Mas éstos transcurrían lentamente para la desgraciada joven, sin que llegara el momento de libertar a su marido. Su impaciencia llegó a tal extremo que una tarde le dijo al fiel Sacha:

—Me parece, amigo mío, que ha olvidado usted su promesa. Hace más de un mes que está trabajando para conseguir la libertad del príncipe y nada ha conseguido todavía.

—Es preciso tener paciencia, Alteza—respondió el ordenanza—. Yo ansío tanto como usted el momento de poder facilitar la fuga a mi amo, pero es preciso tenerlo todo previsto para no errar el golpe.

Entre tanto, el comandante Wronkriff aprovechaba el tiempo para visitar a Natalia, la que primeramente se negó a recibirle. Pero valiéndose de la estratagema de que venía a traerle noticias de su esposo, consiguió que la recibiera.

—¿De verdad me trae usted noticias de Víctor?—preguntó ingenuamente ella.

—Sí, Natalia — respondió é. — Me preocupo de Víctor más de lo que usted cree y estoy tratando de obtener su indulto.

—Gracias, comandante—exclamó ella, sin darse cuenta de la hipocresía de aquel hom-

bre—. ¡Si usted supiera cuán grande es mi sufrimiento al verme separada de él!

—Confíe en mí, Natalia—le contestó el comandante—y ya verá cómo pronto podremos tener entre nosotros a Víctor.

Y poco a poco, valiéndose de estas fingidas muestras de afecto, el comandante iba ganando terreno en el concepto que de él tenía formado la condesita.

La vida en el presidio iba haciéndose cada vez más imposible para Víctor. El recuerdo de la amada se afianzaba, con el tiempo, más fuerte en él y el deseo de salir de su encierro era cada vez más imperioso.

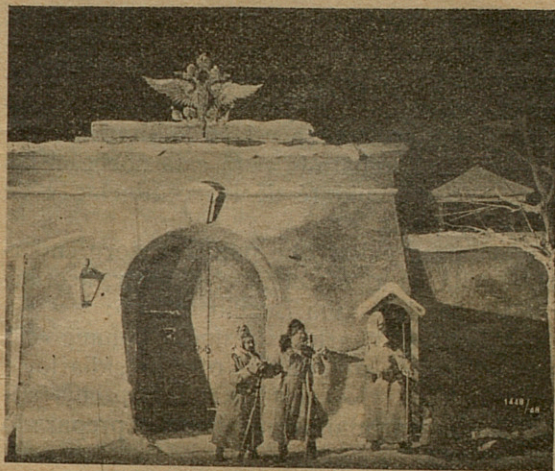
Llegó la noche de Año Nuevo, los presidarios habían hecho un pequeño árbol de Noel y cantaban villancicos, mientras que Víctor, echado sobre su camastro recordaba la diferencia de aquella noche, a las que tiempos atrás había pasado en su casa. De pronto se abrió la puerta de la celda y apareció el vigilante gritando:

—Víctor Duloff, visita.

Salió éste con la esperanza de que sería su esposa, pero al llegar a la reja sintió una nueva desilusión. No era ella, sino su fiel ordenanza.

—¿Y Natalia?—preguntó ansiosamente el príncipe.

—Pensando como siempre, en Su Alteza—respondió Sacha.



... los centinelas salieron a su encuentro.

—¿Y por qué no ha venido contigo?—preguntó nuevamente el príncipe.

—Porque es imposible—volvió a decirle el criado, mientras que deslizaba cautelosamente un papel en el bolsillo de Víctor.

Uno de los guardias se acercó a él y le dijo:

—Ya han pasado los minutos de visita, amigo. Puedes marcharte.

Sacha, sin oponer la menor resistencia, se apartó de la reja, mientras que uno de los

guardines conducía de nuevo a Víctor a la celda general. Una vez allí y al verse lejos de la vigilancia de los guardianes, el príncipe extrajo del bolsillo el papel que le había entregado su ordenanza y leyó lo siguiente:

—Estas dpreparado para esta noche, a las doce. Yo me cuidaré de los centinelas y de todo lo demás.

Víctor, para evitar que pudieran sorprenderle aquella nota, se comió el papel y, acercándose a donde estaba Basilio, le dijo:

—¿Quires fugarte esta noche conmigo?

—¿Cómo?—preguntó el otro presidiario.

—No lo sé. Hemos de acudir al primer silbido. Mis partidarios me habrán preparado ya la fuga.

Por toda contestación, Basilio abrazó a su compañero, diciéndole:

—Te prometo que nunca lo olvidaré si consigues hacerme salir de este infierno.

Y para evitar la sospecha de los demás, los dos compañeros se acercaron a la mesa y el propio Víctor empezó a cantar.

Poco después fueron acostándose los presidiarios, hasta que todo volvió a quedar en silencio. El sueño se había apoderado de todos los reclusos menos de Víctor y Basilio, que esperaban impacientes que llegase la hora de la huída.

LA EVASION

Acababan de dar las doce de la noche cuando se presentó un alegre caminante en la puerta de la prisión. Hacía una noche de verdadero invierno en Rusia. La nieve azotaba el rostro de los centinelas de la fortaleza y el frío entumecía sus miembros. Al ver llegar a un desconocido, los centinelas salieron a su encuentro para detenerle y el caminante exclamó, riendo:

—¿Creéis acaso que tengo ganas de entrar en ese infierno?

—¿Entonces a qué vienes por aquí?—preguntó uno de los centinelas.

—Porque voy hacia mi aldea a celebrar la noche de Año Nuevo—repuso el desconocido—. Mirad qué bien preparado voy.

Y les enseñó una botella de aguardiente, a la vez que echaba un trago de ella.

Los soldados se miraron el uno al otro, mientras que el desconocido volvía a preguntarles:

—Y vosotros, ¿no la celebráis?

—De nosotros nadie se acuerda—respondió uno de los centinelas—. A pesar del frío que hace, nadie ha venido a traernos ni siquiera un vaso de aguardiente.

—Pues yo os regalo una botella—exclamó el caminante, entregándoles otra botella de aguardiente que extrajo de un bolsillo.

La dádiva del desconocido hizo más tratables a los centinelas, que se apoderaron de la botella, y quitándosela uno a uno pronto dieron fin de ella. El caminante, o sea Sacha, esperó que el narcótico hiciera sus efectos y cuando ya vió completamente dormidos a los centinelas, silbó, dando la señal.

El primero que la oyó fué Víctor, que se acercó a su compañero, diciéndole:

—Basilio, ha llegado la hora de abandonar esta celda. Los barrotes están ya limados y no tenemos más que saltar la tapia.

—Pues huyamos — respondió su compañero.

Y, momentos después, los dos presidiarios pudieron respirar el aire libre de la noche. Al pie de la muralla se encontraron con Sacha, que les dijo:

—Huyamos inmediatamente. Los centinelas podrían despertar, a pesar de lo fuerte del narcótico, y todo estaría perdido.

Y con la agilidad que da el peligro, los tres hombres corrieron a campo traviesa hacia la próxima ciudad, donde esperaba Natalia a su esposo.

—No podremos entrar esta noche en la ciudad—les dijo Sacha—. Ya habrán advertido la fuga y estarán todos los caminos vigilados.



...acampaba una partida de gitanos.

—Entonces... ¿no podré ver a Natalia? —preguntó inquieto el príncipe.

—Lo mejor es que ustedes esperen en algún sitio oculto y yo vaya a avisarla. Vendré con un coche y partiremos hacia la frontera.

—Lleva razón este muchacho — exclamó Basilio—. Pasemos la noche al resguardo de cualquier barranco y mañana, cuando él pueda ir a la ciudad, veremos el medio de huir hasta la frontera.

Una vez que quedó acordado el plan, los

tres amigos se internaron en la espesura de un bosque cercano y, después de haber hecho provisión de leña para calentarse, se prepararon a esperar la madrugada del día siguiente.

Cerca de ellos, en lo más intrincado del bosque, resguardados en un viejo caserón, acampaba una tribu de gitanos, que con sus fechorías tenía amedrentados a todos los habitantes de la comarca y traía en jaque a las fuerzas de la población inmediata.

Aquel día habían dado uno de sus "golpes" y en medio de la general alegría se repartían el producto de su robo. Vivía con ellos una hermosa muchacha, llamada Catalina, por quien suspiraba uno de los gitanos de la tribu, un tal Tomks. Varias veces la había requerido de amores y siempre fué rechazado por la indómita joven, que admiraba la bravura del viejo capitán de la banda, y se entregaba a él, diciéndole:

—Te quiero por valiente. Y si alguien quiere ganarme ha de demostrar antes que es más valiente que tú.

Tomks oía a la joven y los celos se apoderaban de él con la desesperación que produce lo imposible. Y mientras que los gitanos, poseídos del contento de haber realizado una de sus mejores hazañas, se divertían, en la ciudad los robados daban cuenta al co-



...poco después conducían a la cueva a los bandidos.

mandante del puesto, que ordenó que salieran a dar una batida a la banda.

Ajeno a todo lo que ocurría, Sacha, para ahuyentar de la mente de su amo los pensamientos que le amargaban, tomó la guitarra, que había llevado consigo para distraer a los centinelas, y tocó una de las canciones favoritas del príncipe. Este, apenas oyó las primeras notas, entonó la canción, que repercutió en el bosque, llegando su eco hasta donde estaba el campamento de gitanos.

—¡Cerca de aquí hay gente extraña!—exclamó el capitán de los gitanos—. ¡Id en seguida y traerlos!

Salieron varios hombres y poco después conducían a la cueva de los bandidos al príncipe y a sus compañeros.

—¿Quiénes sois y de dónde venís?—les preguntó el capitán.

—Somos fugitivos que hemos huído del presidio—le contestó el príncipe.

—Entonces, aquí os ocultaremos—y llamando a uno de sus hombres, le ordenó—: Dale de comer y beber, hasta que se harten.

Nuevamente se dirigió a los ex presidiarios y les preguntó:

—¿Quién de vosotros estaba cantando?

—Este, mi capitán—respondió Basilio, señalando orgullosamente al príncipe—. Canta como un ruiñeñor... y eso que no había comido.

—Pues ahora nos animarás con tus canciones—volvió a decirle el capitán.

Sacha, que conocía más que su amo el alma del pueblo, se apresuró a tocar una alegre zambra y aquellos hombres, enloquecidos por los gritos y la bebida, se pusieron a bailar frenéticamente.

Catalina, en medio de ellos, los animaba bailando y cantando, y las voces atronaban el espacio, sin que llegaran a oír los silbidos del vigía, que les indicaba la proximidad de

las fuerzas, que los iban rodeando por todas partes. Cuando mayor era la algarabía, se presentó un centinela y gritó a sus compañeros:

—¡Estamos perdidos!... ¡Los soldados nos han copado!

El grito de alarma sorprendió a los bandidos, que, poseídos de un gran pánico, gritaron:

—¡Sálvese el que pueda!

Pero en medio de aquel desbarajuste, Víctor supo imponerse y, deteniéndoles, les gritó:

—¡Cobardes!... ¿Seréis capaces de huir como mujeres, teniendo armas en vuestro poder? ¡Hay que salir, sea como sea! ¡Coged vuestras armas y seguidme!

El valor de Víctor se impuso a la cobardía de todos y los gitanos salieron dispuestos a vender caras sus vidas.

Habían salido apenas de su guarida, cuando una descarga produjo las primeras víctimas entre los bandidos.

—¡A ellos!—gritó Víctor con la desesperación que le producía el verse nuevamente en poder de la justicia.

Y al ataque impetuoso de aquellos hombres, que más bien parecían fieras, las fuerzas no tuvieron más remedio que retroceder y dejar el campo libre a los gitanos.

A la mañana siguiente, entre los muertos

encontraron al capitán de la partida, y todos los hombres proclamaron como sucesor a Víctor, quien de esta forma se vió hecho jefe de una banda de forajidos que entorpecían la realización de sus planes.

Catalina se sintió también atraída por la valentía de Víctor y desde aquel momento trató de conquistar su cariño. Pero la indiferencia del nuevo capitán suscitó su odio y pensó en la manera de vengarse de él.

Aquella misma tarde, el comandante Wronkrieff se presentaba a Natalia y le decía:

—He venido a despedirme de usted. Voy con dos oficiales más a la compra de caballos.

—¿No me da usted ninguna esperanza todavía, Natalia?

—No comprendo lo que quiere usted decir—exclamó extrañada ella.

—Demasiado sabe usted dlo mucho que la amo, Natalia. Olvide usted a su esposo y sea un poco más caritativa para conmigo.

—¡Jamás!—exclamó Natalia—. Ya sabe usted que amo únicamente a Víctor.

—Entonces, me obliga usted a decirle una cosa que no quería. Estaba dispuesto a ocultárselo hasta saber que había olvidado a su esposo.

Ella lo miró interrogativamente y el comandante siguió diciéndole:

—Sí, Natalia. Es preciso que sepa usted

que Víctor ha muerto, al pretender huir del presidio.

—¡No es posible!—exclamó Natalia, llorando.

—¿Y ahora seguirá usted negándose a mis pretensiones?—preguntó el comandante.

—Déjeme, se lo suplico—replicó Natalia—. Necesito estar sola.

Comprendió él que no era aquél el momento más oportuno para insistir en sus pretensiones y salió del palacio, dejando a Natalia presa del más hondo pesar.

RISAS Y ALEGRÍAS

No deje de leer la más
nueva colección de
humorismo.

CHISTES BUENOS

CHISTES MALOS

CHISTES Y COLMOS

CUENTICOS BATURROS

ALMANAQUE HUMORISTICO - 1930

Precio del libro: **25** céntimos

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.

LOS DOS RIVALES

Los bandidos apostados en elecamino por donde había de pasar el coche con el comandante Wronkriff esperaban el paso de éste para apoderarse del dinero que llevaban. Sorprendidos por los gitanos, no tuvieron tiempo para defenderse y fueron conducidos a presencia de Víctor, quien reconoció inmediatamente al comandante. Este, a su vez conoció al príncipe y exclamó:

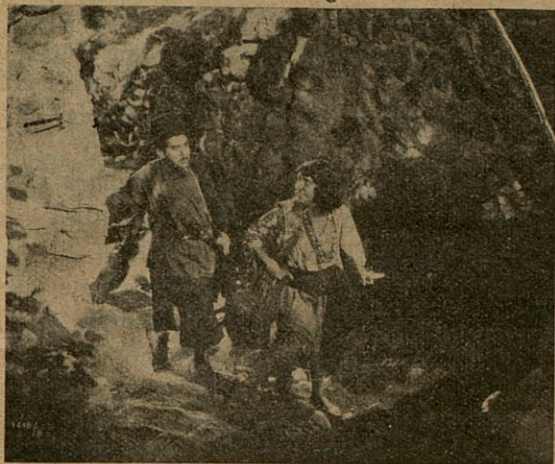
—Príncipe Duloff, por muy bajo que hubierais llegado, jamás habría creído que os pudierais convertir en un vulgar salteador de caminos.

—Os equivocáis, comandante—respondió el príncipe—. Pero no es éste el momento de daros explicaciones. Debéis cumplir con una misión de servicio y no seré yo el que me interponga en vuestro deber.

Llamó a uno de sus hombres y le dijo:

—Traedme todo lo que se haya recogido a esos señores.

Los bandidos, a regañadientes, le dieron la cartera con teniendo la cantidad destinada a la compra de caballos y Víctor se la devolvió



Una hora después Tomks buscaba a Catalina.

al comandante, a la vez que le decía a Basilio:

—Que acompañen a estos señores hasta la carretera, sin que nadie se atreva a hacerles el menor daño.

Le ofreció la mano al comandante, pero éste, haciendo un gesto de desprecio, rehusó aceptársela.

Catalina aprovechó aquella ocasión para excitar a los gitanos contra su jefe, diciéndoles:

—¿Y queréis vivir sometidos a las órdenes de este hombre, que devuelve lo que robáis? ¡Sois unos cobardes si no os de hacéis de él!

—Lleva razón Catalina —exclamaron varios—. Es preciso suprimirlo.

Una hora después, Tomks buscaba a Catalina y volvía a requerirla de amores.

—Es inútil, Tomks—le dijo ella—. Si me quieres has de ganarme. Cuando seas el jefe de la partida yo misma iré a buscarte.

—Todo está arreglado—exclamó Tomks—pero Basilio es niega a secundarnos.

—No te importe—contestó Catalina—. De ése me encargo yo.

Y mientras que Sacha se encaminaba en busca de Natalia, Catalina se dispuso a conquistar a Basilio. Fué en su busca y, echándole un brazo por encima, le dijo:

—¿Es verdad que a ti no te gustan las mujeres?

Basilio asintió con la cabeza y ella volvió a decirle:

—¿Ni yo tampoco?

—Tampoco—respondió él.

Catalina le ofreció un gran jarro de vino y le dijo:

—Toma, bebe. Por cada trago que bebas puedes darme un beso.

Y, fascinado por la belleza de la gitana, cayó en la red que le tendía. Entre el vino y las caricias de ella, pronto perdió la serenidad e intentó apoderarse de la joven. Ella, para excitarle aún más, echó a correr por el campo, perseguida por él, que, dando tras pies, quería alcanzarla.

* * *

En la ciudad sucedían en aquellos momentos cosas verdaderamente interesantes. El comandante Wronkriff había vuelto para dar conocimiento del encuentro que había tenido con Duloff, pero antes de hacerlo se dirigió a casa de Natalia.

Ya había llegado allí Sacha y apenas quedó a solas con la condesita, le dijo:

—Señora, ya he cumplido mi palabra.

—¿Qué quieres decir, Sacha?—preguntó Natalia.

—Que el príncipe ya está libre. La espera para huir de Rusia.

Ella no pudo contenerse y, abrazándose al fiel ordenanza, lo besó, como si fuera un hermano suyo.

—¡Gracias, Savha! ¡Nunca olvidaré lo que has hecho por mí!

En aquel instante llegó el comandante y



Entre el vino y las caricias/de ella...

Natalia ocultó en la habitación de al lado al ordenanza, mientras hablaba con Wronkriff, a quien le dijo, apenas entró.

—Comandante, me ha engañado usted diciéndome que Víctor había muerto.

—Es verdad—respondió cínicamente el comandante—. Pero ahora vengo a decirle que ya sé dónde está escondido y que de usted únicamente depende su salvación.

—¿Qué es lo que pretende usted?—preguntó ella, retándole con el gesto.

—Únicamente que sea más complaciente

conmigo. De lo contrario, denunciaré a su esposo y conduciré a los soldados donde está para que le prendan.

—¿Sería usted capaz de semejante canallada?—exclamó Natalia.

—Sería capaz de todo por conseguir su amor—repuso él, intentando abrazarla.

Pero, de pronto, se abrió la puerta donde estaba escondido Sacha, quien, dirigiéndose a la condesita, le dijo:

—Le ruego, Alteza, que me deje a solas con el señor; tenemos que decirnos varias cosas importantes.

Ella, sin sospechar lo que quería decir el ordenanza, salió de la sala y cuando los dos hombres quedaron solos, volvió a decir Sacha:

—He oído decir a usted que pretendía denunciar a mi amo, ¿verdad?

—No tengo que dar explicaciones a ningún criado, y menos al criado de un asesino, como tú.

Apenas si tuvo tiempo de terminar la frase. De un puñetazo arrojó al comandante sobre el suelo. Este hizo ademán de sacar la pistola; pero Sacha no le dio tiempo a ello. Se abalanzó nuevamente sobre él y otra vez descargó su puño sobre la cara ensangrentada de Wronkriff, que exclamó:

—¡Miserable!!... Me pagarás con creces todo etso.

—Cuando usted quiera—le respondió el ordenanza—, pero por lo pronto, va usted a salir de aquí ahora mismo.

Y, cogiéndole como si fuera un muñeco, lo llevó escaleras abajo, hasta dejarlo en medio de la calle. Fué inmediatamente en busca de Natalia y le dijo:

—Señora, hay que partir inmediatamente. Recoja todo lo necesario y vayamos en busca del príncipe. Cada minuto que perdamos es preciso para su salvación.

Mientras que Natalia ordenaba todas sus cosas, Sacha enganchó los caballos al coche y, momentos después, conducida por el criado, Natalia se dirigía en busca de su marido.

—¿Por qué no ha venido contigo?—le preguntó Natalia.

Era imposible, señora—respondió el criado—. Todos los caminos están vigilados por los soldados y hubiera sido una temeridad el aventurarse por ellos. Lo mejor es que en cuanto se reúnan ustedes vayan en busca de la frontera.

—¿Ha sido, entonces descubierta vuestra fuga?—volvió a preguntar la condesita.

—Casualmente—respondió de nuevo el ordenanza, a la vez que animaba a los caballos para que apresuraran la marcha—. Fuimos recogidos por una banda de gitanos y la casualidad ha hecho que Su Alteza se convirtiera en jefe de ellos.

—¡Dios mío!—gritó Natalia asustada—. Entonces lo que me ha dicho el comandante es cierto?

—Desgraciadamente es verdad — exclamó el ordenanza—. El comandante fué hecho prisionero por los gitanos y gracias a la bondad de Su Alteza pudo verse libre y recuperar todo lo que le habían robado.

—Pero el comandante dará parte en seguida.

—Así lo creo—le dijo Sacha—. No es hombre que pueda abstenerse de una venganza y sobre todo teniéndola tan a la mano.

—Llevabas razón—exclamó Natalia— al decir que cada minuto era un siglo del que dependía la salvación de mi marido y la tranquilidad de toda mi vida. Corramos, Sacha. Obliga a los caballos...

Nuevamente el criado gritó a los animales para que redoblasen la marcha y durante algún tiempo la condesita guardó silencio, pensando sólo en la dicha que le esperaba de poder volver a su esposo.

Cada uno de sus pensamientos daba a su rostro una expresión distinta y al pensar en el momento actual, en aquel instante en que el príncipe estaría esperando intranquilo su vuelta, una excitación nerviosa se apoderó de ella, que le hizo exclamar:

—Creí que mis caballos valían más, Sacha. No corren nada.

El ordenanza sonrió a la exclamación de la condesita y respondió:

—Se engaña, señora. Pocos animales habrían corrido en tan poco tiempo los kilómetros que nos separan de la ciudad.

—¿Entonces—preguntó ansiosamente ella—aunque el comandante haya denunciado a mi esposo no podrá seguirnos de cerca?

—Tenga la seguridad de que no — respondió convencido el ordenanza—. Estoy seguro de que si podemos conservar esta marcha dentro de poco estaremos a donde se halla el príncipe.

—No obstante, oblígalos—volvió a decir la condesa.

Se hallaba en pie en el coche y Sacha temiendo que uno de los vaivenes la arrojase a la carretera le dijo:

—Me permito recomendarle a la señora, que permanezca sentada. El camino es algo dificultoso y en uno de los saltos podría ser lanzada del coche.

Muy a pesar suyo, pues su nerviosidad la impedía permanecer inactiva, la condesita atendió el consejo del ordenanza y fué a sentarse nuevamente.

Las palabras del ordenanza la habían inculcado cierta confianza en el porvenir e interiormente pensaba ya en los días felices que la esperaban al lado del esposo amado.

Constantemente instaba a Sacha a que ani-

mase a los caballos y el coche lanzado por la carretera, amenazaba con volver de un momento a otro, si la mano fuerte y experta de Sacha no lo guiase.

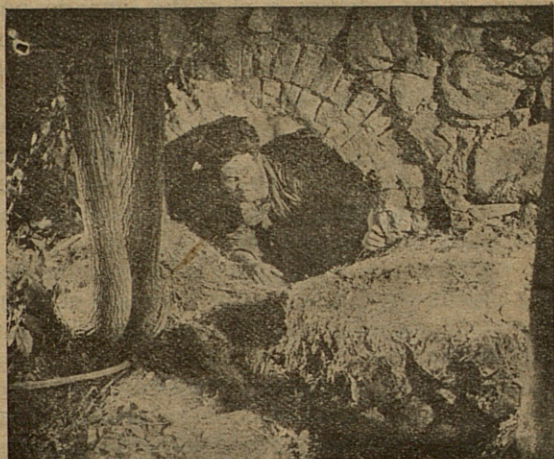
Entre tanto, Víctor, encerrado en su cabaña, esperaba impaciente la vuelta de su ordenanza y la llegada de su esposa, pensando del medio que se valdría para abandonar a aquella gente que la rodeaba.

Y sumido en estos tristes pensamientos dejó caer la cabeza sobre sus manos y el tiempo transcurrió sin que se diese cuenta de las horas que permaneció en aquel estado.

Los caballos, fustigados continuamente por el látigo de Sacha, volaban en dirección del campamento de los bandidos, pero en un recodo de la carretera asaltó del coche la maleta donde Natalia llevaba todos sus valores y le gritó al ordenanza:

—¡Sacha, la maleta!... ¡Se ha caído la maleta!

Paró el carruaje y descendió Sacha para recoger la maleta; mas los caballos, excitados por los trallazos del ordenanza, el verse libres de la sujeción de las riendas, emprendieron una veloz carrera, sin que la pobre Natalia tuviera fuerzas para detenerlos. Tuvo un momento en que se vió perdida, temiendo que de un momento a otro volcase el vehículo, precipitándose por uno de los barrancos que bordeaban el camino. Mas de pronto, sin



Victor acudió en defensa de Natalia.

que ella supiera cómo ni de qué forma vió que varios hombres detenían a las cabalgaduras y se precipitaban sobre ella. No pudo resistir tantas emociones y la condesita perdió el conocimiento, al verse en poder de aquellos desconocidos.

La casualidad había hecho que los que intentaran robar a Natalia fueran precisamente los hombres a las órdenes de Víctor. Estos se apoderaron de la joven y la conducían al campamento, cuando Basilio, que iba en per-

secución de Catalina, los vió. Dejó de seguir a la muchacha y obligó a los bandidos a que le entregaran la prisionera. La excitación que en él había producido Catalina y el vapor del alcohol habían nublado su cerebro y sólo pensó en poseer a aquella mujer que tenía en sus brazos.

A los gritos de los bandidos acudió Víctor y, al ver a su esposa en brazos de Basilio, le ordenó:

—¡Dame a esa mujer!

—¡Esta mujer es mía!—respondió Basilio, oponiéndose.

—¡Aquí no manda nadie más que yo!—exclamó de nuevo Víctor—. Esta mujer me pertenece y me la llevo!

Y, apoderándose de ella, le dió un empujón a Basilio para que le dejase libre el camino. Corrió con Natalia hacia suguarida, mientras que Catalina, mofándose del ex presidiario, le decía:

—¡Eres un cobarde! ¡Merecías que todos te escupiéramos, por cobarde!... ¡Un hombre dejarse pegar de esa manera por otro!... ¿No te da vergüenza?

—¡Yo os juro que me las pagará! —respondió Basilio, tomando un cuchillo y dirigiéndose hacia donde estaba Víctor.

Este había depositado el cuerpo de Natalia sobre su camastro y tomando un poco de vino refrescó las sienes de la joven para ha-

cerla volver en sí. Al despertar la condesita y ver ante ella el rostro de un desconocido, dió un grito de espanto y Víctor, atrayéndola hacia su corazón, le dijo:

—¿No me conoces, Natalia?

La voz del hombre amado pronto halló eco en su corazón y, fijándose en él, exclamó:

—¡Víctor!... ¡Por fin, vuelvo a verte!

—Sí, Natalia—repuso él—. Ya no nos separaremos en la vida... ¿Cómo has podido venir hasta aquí?

En pocas palabras le refirió lo que le había sucedido, y cuando ya terminaba de contarle su accidente, se presentó Basilio blandiendo un cuchillo y diciendo:

—Ahora vamos a ajustar nuestras cuentas. ¿Te crees que iba a dejarte a esa mujer por que sí?

—¿Qué es lo que pretendes?—preguntó Víctor, protegiendo con su cuerpo el de su esposa—. ¿Crees acaso que puedes intimidarme, imbécil?—le gritó Víctor, adelantándose hacia él para detenerle con el gesto.

Basilio, sin amedrentarse tampoco, levantó el brazo para descargar el golpe sobre el príncipe, más en aquel momento se vió sujeto por Sacha, que llegaba en aquel instante, y le dijo:

—Esa mujer es su esposa, Basilio. La esposa del hombre que te sacó del presidio.



— He sido un miserable...

¿Serás capaz de volverte contra quien te dió la libertad?

Basilio tuvo un momento de lucidez. Los vapores del alcohol se disiparon de su mente y, bajando el brazo, exclamó:

—He sido un miserable... La culpa la ha tenido el maltido vino que me ha dado esa bruja. Pero yo sabré portarme como debo.

Y, saliendo adonde estaban los demás bandidos, les dijo:

—Si alguno de vosotros se atreve a sublevarse contra nuestro jefe tendrá que vérselas antes conmigo.

—Ese no es ya nuestro jefe—exclamaron los bandidos—. No nos da dinero, ni nos deja robar.

—¡Un jefe así no lo necesitamos!—exclamó otro.

—Que se vaya a su vida y que nos deje tranquilos a nosotros—propuso Tomks.

—Lleváis razón—exclamó Víctor, que había salido con Natalia—. Puesto que no me queréis entre vosotros, ahora mismo me voy—y, volviéndose hacia Basilio, le dijo:

—Amigo mío, aquí está mi mano. Si quieres acompañarme, en la frontera está nuestra salvación.

—¡Ya lo creo que me voy!—respondió el ex presidiario—. Juntos hemos salido y juntos hemos de ir hasta que nos veamos libres. Lo que sea del uno será del otro.

—Al coche—gritó en aquel momento Sacha—. Los minutos son preciosos y hay que aprovecharlos.

Subieron al carruaje y, poco después, se perdían en el horizonte, camino de la frontera, que se ofrecía ante ellos como la tierra de promisión.

EPILOGO

La tragedia que había amenazado con turbar la vida de aquellos dos seres había desaparecido. París, la ciudad toda alegría y luz, les brindaba un dulce cobijo donde podían vivir felices disfrutando de la dicha del amor que los unía.

Natalia había abandonado aquel aire de continua tristeza y había vuelto a ser otra vez la chiquilla ideal, llena de ingenuidad y dulzura, que se hacía querer de cuantos la trataban, y su corazón pronto supo olvidar los sufrimientos pasados para vivir únicamente la felicidad presente. Sin embargo, muchas veces, cuando se encontraba entre los brazos de su esposo, se sentía presa de un repentino temor y su cuerpo se estremecía:

—¿Qué tienes, Natalia?—le preguntó en cierta ocasión el príncipe.

—No sé, Víctor—le respondió ella—; pero a veces siento miedo de que puedan separarnos.

—¡Separarnos!... ¿Quién?

—Los que te persiguen, los de "allí".

—No temas, querida—procuró tranquilizarla él—. Aquí estamos seguros. Nada puede contra nosotros las leyes de nuestro país y no se atreverán a molestarnos.

—Entonces... ¿ya no nos separaeremos más?—preguntaba ella ingenuamente, sonriendo como si fuera una niña.

—Nadie, Natalia—respondió él estrechándola contra su pecho—. Nuestras vidas han de ir siempre juntas, siempre unidas... ¿Eres feliz así?

—¿Y me lo preguntas?—le reprochó ella dulcemente—. Bien sabes que todo mi amor es tuyo, que siempre lo ha sido... Todo lo que he padecido, todo, lo doy por bien empleado, puesto que ello me ha hecho llegar a disfrutar estos momentos de dicha inmensa.

Y los enamorados esposos veían transcurrir para ellos la vida, sin que una sombra viniera a nublar el cielo de sus amores.

Con ellos seguía Sacha. Fué inútil que los esposos pretendieran elevarlo de categoría. Decía que él había sido ordenanza del príncipe y que moriría siéndolo.

—Mi única ilusión—le dijo a Víctor, cuando éste se opuso a que continuara siendo un vulgar sirviente—es seguir como siempre, al servicio de Su Alteza. Es la mayor recompensa que pueden ofrecerme.

Comprendió Duloff que nada conseguiría

sobre aquel particular y, después de mucho discutir, terminó diciéndole:

—Bueno, haz lo que quieras. Acepto todo, con tal no te separes de nuestro lado.

Un fuerte apretón de manos selló el pacto entre los dos hombres y Natalia y Víctor salieron al hermoso jardín de su residencia. La tarde iba cayendo con esa lentitud poética de la primavera.

Víctor entrelazó por la cintura a su esposa y sus labios buscaron los de la amada. Resonó un beso en el silencio del jardín. En la copa de un árbol, un ruiseñor gorjeaba alegremente, como si cantase un himno al amor y el perfume de las flores que formaban una alfombra multicolor aromaba también aquel instante delicioso.

Desde lejos el bueno de Basilio, el ex presidiario, convertido en jardinero, los miraba sonriente. Una lágrima furtiva se deslizó por su mejilla, tal vez en recuerdo de aquel gran amor que estuvo a punto de trancar su vida para siempre y, a la vez que se la secaba con el dorso de la mano, exclamaba en voz alta:

—¡Son felices!... ¡Nadie como ellos merece serlo!... ¡Y yo, que pensé matar a este hobbre, todo nobleza y lealtad!

—¿Que dices?—preguntó una voz a su espalda.

Era Sacha, que le había oído las últimas palabras, y le sonreía bondadosamente.

—Que nunca me perdonaré lo que intenté hacer en el campamento de los gitanos—le contestó Basilio.

Sacha le estrechó en un abrazo de verdadera amistad, mientras le decía:

—¿Quién se acuerda de lo pasado? Vivamos el presente y vivámosle como ellos. Señaló para la amante pareja y continuó diciéndole:

¿Sabes cómo debía llamarse esta villa?

Basilio, cuya imaginación no era, por cierto, muy fértil, se le quedó mirando y el ordenanza volvió a decirle:

—Debería llamarse: "Villa de la Felicidad".

F I N

SOLAMENTE BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el
Título de la supremacía

LEA LOS GRANDES EXITOS DE ESTA TEMPORADA

Tomos a 50 céntimos

| | |
|-----------------------------------|--------------------|
| LA MARCHA NUPCIAL | Eric Von Stroheim |
| CARAS OLVIDADAS | Clive Brook |
| CZAREVICH | Ivan Petrovich |
| VENGANZA | Dolores del Rio |
| VENUS | Constance Talmadge |
| EL RESCATE | Ronald Colman |
| ADORACIÓN | Billie Dove |
| LAS CUATRO PLUMAS | Richard Arlen |
| REDENCIÓN | Corine Griffith |
| EL DRAMA DE MONT CERVIN | Marcela Albani |
| LA MUJER DE MOSCOU | Pola Negri |
| NO MENTIRAS | Lili Damita |

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.



CHEVALIER

¡QUÉ ALEGRÍA!

Se está agotando la segunda edición de

EL DESFILE DEL AMOR

No deje de pedir hoy mismo un ejemplar

PRECIO: 1 PTA.

ÉXITO de mi primera producción

LA CANCIÓN DE PARÍS

25 CÉNTS.

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apart. 707 - Barcelona

que remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos
de correo, se los enviarán en seguida.



CHEVALIER

¡QUÉ ALEGRÍA!

Se está agotando la segunda edición de

EL DESFILE DEL AMOR

No deje de pedir hoy mismo un ejemplar

PRECIO: 1 PTA.

ÉXITO de mi primera producción

LA CANCIÓN DE PARÍS

25 CÉNTS.

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apart. 707 - Barcelona

que remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos
de correo, se los enviarán en seguida.